

Monigote

Monigote es una palabra sobre la que el Dicc. de *Autoridades* da unas referencias extrañas, desde luego incompletas, y por lo demás evidentemente inexactas. Pues las únicas acepciones que le atribuye son: la de «lego de religiones» (u órdenes religiosas); y la de «persona inexperta en su oficio». Dos noticias a cual más desconcertantes, puesto que ni en la lengua actual ni en el curso de los siglos parece que *monigote* haya tenido nunca ninguno de esos sentidos. Esto lo han advertido más o menos claramente algunos autores o al menos algún autor moderno. Por ej. en concreto Corominas, tras consignar que no conoce ningún testimonio de *monigote* «lego de convento», insinúa la sospecha de si las definiciones de *Autoridades* (y en particular la primera y principal) no habrían estado influidas por una preocupación etimológica. Insinuación a lo que creo muy atinada. Pues aunque expresamente *Autoridades* no se atreviese a proponer ninguna etimología de la palabra, no parece dudoso que sus definiciones (sin la menor base objetiva) debieron inspirarse en la idea de la relación etimológica de *monigote* con *monje* < *monachus*. En todo caso el hecho es que en el problema etimológico los autores modernos no han podido sobrepasar la idea implícita en la concepción de *Autoridades*. Es decir, todos ellos dan por supuesto el parentesco etimológico de *monigote* y *monachus*. Y al parecer la mayoría han debido creer que esa etimología se concilia bien con el sentido primordial de «lego de convento». Así es que en general se limitan a registrar los dos valo-

res fundamentales atribuidos a la palabra por *Autoridades*, a los que añaden los actualmente más relevantes, y la indicación de que *monigote* fue un derivado de *monachus*. Todo ello sin dar la menor explicación sobre cómo *monigote* podría haber salido de *monachus*, ni sobre cómo del supuesto valor originario de «lego» se habrían desarrollado los realmente atestiguados; ni sobre si los supuestos valores primarios están realmente atestiguados o no¹.

El que desde luego ha advertido las dificultades de esa interpretación ha sido Corominas. Las ha advertido y ha tratado de encontrarles una solución. Pero Corominas, aún dándose cuenta de las debilidades de la doctrina de *Autoridades*, no ha podido sustraerse al prejuicio general; a saber, la creencia en el parentesco etimológico de *monigote* y *monachus*. Un prejuicio que en él se ha visto reforzado por dos factores; a saber, por una parte la existencia en una inscripción del bajo latín de una forma *monicus* y por otra el hecho de que el sentido de «monaguillo» está atestiguado para *monigote* en áreas muy restringidas y particulares (Canarias y algún escritor hispano-americano). Lo cual le ha llevado a creer que tanto la doctrina de *Autoridades* como la hipótesis del *monigote* < *monachus* podían salvarse, poniendo como base de los sentidos de *monigote*, no el de «lego» de convento, sino el de «monaguillo». Esto él, temeroso de romper abiertamente con *Autoridades*, no lo confiesa de manera explícita. Al contrario, externamente sigue dando como el sentido originario de la palabra los de «monaguillo o lego de convento» (considerando a ambos al parecer como sinónimos). Pero de hecho en el curso de sus explicaciones no tiene para nada en cuenta la idea de «lego», sino que todos sus razonamientos los funda en el sentido de «monaguillo»; que constituye por decirlo así como la pieza clave de su interpretación.

Es decir, que en el fondo la explicación de Corominas no es más que un falseamiento de la doctrina de *Autoridades*, en la que en apariencia parece fundarse. Pues desde luego las ideas de «lego» y «monaguillo» no son ni mucho menos sinón-

(1) Así G. de Diego, *Dicc. Etimológico*; J. Casares, *Dicc. ideológico*; M.^a Moliner, *Dicc. de uso*; y *Academia*, 1970.

nimas, como él parece dar por supuesto. Lo que no puede negarse es la existencia en ciertas zonas del español del *monigote* «monaguillo»; por ej. en el canario, y según Santamaría en el cubano también moderno, y en algún autor hispanoamericano como el peruano Concolorcorvo (hacia 1773), citado por Corominas. Pero claro está que esos usos tardíos y de ámbito tan reducido carecen de toda fuerza para probar el valor originario de una palabra, que aparece documentada ya a fines del s. XVI (Góngora, hacia 1595), y que sin duda surgió en el español de la Península. Y con independencia de cualquiera otra consideración, lo cierto es que a partir de ese supuesto valor es imposible en absoluto dar razón de ninguno de los valores de *monigote*; ni de los realmente atestiguados, ni de los que Corominas caprichosamente le atribuye.

Pues por ej. Corominas cree, apoyándose en la segunda de las definiciones de *Autoridades* pero de nuevo tergiversándola, que *monigote* en los primeros siglos de su existencia significó sobre todo «persona insignificante». Así, según él, Góngora, ed. Foulché I 186: *Escuchad los desvaríos — de un poeta monigote, — en cuarenta consonantes — distiladas del cogote*; Id. II 410: *¿Por un monigote dexas — un tal valiente soldado?*; Jorge Pitillas (refer. de Pagés): *Guerra declaro a todo monigote*; L. Moratín, *Obras póstumas* II 303: *Donde uno ha sido persona de suposición², no parece que debe ir a ser un monigote, de quien se rían los que en otro tiempo le suplicaron*. Ejemplos que sin duda para *Autoridades* entraban en la segunda de las acepciones allí supuestas de *monigote*: «y por extensión llaman así a cualquier otro que juzgan ignorante en su profesión». Mientras que en cambio Corominas quiere ver en ellos un sentido de «persona insignificante»; sentido que por otra parte él quiere deducir de «la idea de monaguillo, persona humilde si las hay». Lo cual naturalmente implica la arbitrariedad de suponer en *monigote* una evolución semántica que en «monaguillo» nunca se da. Pero en todo caso cualquiera ve que en todos estos ejemplos el sentido que se

(2) Leo con los editores «suposición», aunque con dudas de si no sería más correcta la lectura «su posición». La unión en una de las dos palabras podría deberse a una especie de *dittografía*, bajo el influjo tal vez del «suplicaron» del final del párrafo.

adapta al contexto es el de «persona grotesca o ridícula»; que es, como veremos, el que subyace en todos los usos antiguos y modernos de la palabra. Lo cual quiere decir que en este punto tanto la hipótesis de *Autoridades* como la de Corominas carecen de razón de ser.

Y lo mismo que de esta hay que decir de otra supuesta acepción de *monigote*, que el Dicc. de la *Academia* no ha recogido, pero que Corominas (siguiendo a A. Castro, *RFE* VIII 305) da, no solo como segura, sino además como muy usual; a saber, la de «niño» o «muchacho». Pues realmente, por frecuente que pueda ser el uso de *monigote* referido a los niños, de por sí no parece que pueda considerarse como un equivalente del sentido de «niño»; ya que sólo sirve para conotar un rasgo común a los niños y a los hombres, pero más frecuente en aquellos que en estos. A saber, el que en cuanto seres a medio desarrollar los niños no tienen la personalidad, ni la consistencia de carácter, ni las cualidades del hombre maduro; y por lo tanto están más próximos que los hombres a la idea central de *monigote* «hombre o muñeco de trapo». Más próximos solamente; pues, aunque tal vez con menos frecuencia, *monigote* sirve igualmente para calificar a los hombres. Es decir, que propiamente no hay razón ninguna para considerar a *monigote* como denominación específica de los niños. El caso es enteramente distinto de otras denominaciones, como *chaval/chavea*, *chico/chiquito/chiquillo/chiguito*, *muchacho*, *mozuelo*, *peque*, que no pueden referirse más que a niños. De modo que tiene razón el Dicc. de la *Academia* al no registrar esa supuesta acepción de *monigote*. Por lo demás ya he indicado en esta misma revista (23, 1973, p. 94) que es muy dudoso el dato de Gisbert, de que *monigote* en Málaga se use con el sentido de «monaguillo». Y claro está que, desconociéndose en el español de la Península ese valor de *monigote*, mal podría haberse desarrollado sobre él el supuesto sentido de «muchacho».

Y esta objeción hay que hacerla extensiva a la hipótesis de Corominas sobre el *monigote* «seminarista», atestiguado en una amplia zona de Hispanoamérica (Perú, Bolivia, Chile),

al que considera un derivado de *monigote* «monaguillo». Pues dentro del área tan amplia de difusión del *monigote* «seminarista», Corominas no cita del *monigote* «monaguillo» más que el testimonio ya aludido de Concolorcorvo. Parece pues imposible que este segundo uso fuese el origen del primero.

Quedan la serie de acepciones con la idea central de «figura grotesca o ridícula»; que es hoy, como lo ha sido siempre, el valor más relevante y frecuente de *monigote* (como las de «hombre o muñeco de trapo, pelele, espantajo, mamarracho, figurilla de guiñol, dibujo o estatua deforme, caricatura, etc.). Importancia de la que Corominas no parece darse cuenta, pues siendo como es el sentido fundamental de la palabra, él no toma en consideración más que una de sus manifestaciones particulares, la de «muñeco», y ésta de manera incompleta e inexacta. Ya que *monigote* nunca significa «muñeco» a secas, como dice Corominas despojándole de uno de sus rasgos esenciales, sino «muñeco grotesco o ridículo», y además «hecho de ordinario de trapo o papel» (como reconocen la *Academia* y M.^a Moliner). Lo cual naturalmente es difícil de compaginar con un sentido originario de «monaguillo». Y de ahí las vacilaciones de Corominas ante el problema. Aunque en definitiva él termina inclinándose por la opinión de que también este sentido debe ser un desarrollo del de «niño»; un desarrollo según él paralelo pero inverso al que se produce cuando a los niños se les llama «muñecos». Pero claro está que el contenido afectivo que lleva «muñeco» referido a los niños (es decir, el matiz de algo gracioso y encantador, algo que invite a jugar como un muñeco precioso) está en contraste violento con el matiz despectivo que es consustancial a *monigote* «figura grotesca». Pues no cabe duda que la relación semántica entre las ideas de «muñeco» y de «niño» es enteramente distinta de la que hay que suponer entre las de «niño» y *monigote*. No se ve pues qué apoyo puede prestar el primero de los usos a la hipótesis del segundo. No sólo esto, sino que siendo tan frecuente como es el uso de «muñeco», con el contenido sentimental que encierra, con referencia a los niños, resulta inconcebible que los mismos niños pudiesen normalmente llamarse *monigotes*, dado el matiz despec-

tivo de éste. Es decir, que los usos invocados por Corominas, más que apoyarse parece que deberían rechazarse y excluirse. Por lo demás ya he indicado que en español no hay la menor prueba de que *monigote* haya significado nunca, ni «niño» en sentido propio, ni siquiera al menos en el español de la Península «monaguillo». Se ve pues que la explicación del desarrollo semántico de *monigote* propuesta por Corominas, aparte de alterar en puntos esenciales la doctrina de *Autoridades*, representa una distorsión y un falseamiento completo de los sentidos de la palabra³.

Y no menos reparos pudieran hacerse a los aspectos fonético y morfológico de su hipótesis, que da a *monigote* como el resultado de un inatestiguado **monagato*; formación según él sobre *mónago/monago* < *monachus*, paralela al *monagones*⁴ del poema de *Alexandre*, 1792. Pues lo único que él

(3) Como prueba al parecer de que el presunto sentido de «niño» se desarrollase en *monigote* por influjo de *muñeco* «niño», aduce Corominas el valenc. *monyicot* «criatura, niño de pecho»; que debe ser un castellanismo específico del valenciano (puesto que el Dic. de Alcover-Moll no le recoge). Pero tampoco esta acepción creo que pueda relacionarse con el sentido afectuoso de «niño o juguete encantador», que tiene *muñeco* referido a los niños; ni menos aún con el supuesto sentido de «*monaguillo*», que Corominas considera origen del *monigote* referido a los niños. Como se explica sencillamente esa acepción es a partir del sentido primario y fundamental de *monigote*; a saber, el de «hombre de trapo». Pues a los niños de pecho en el pueblo ha sido una costumbre general llevarlos fajados y envueltos en pañales, mantillas y cubremantillas; es decir, hechos unos «rollos de trapo». Lo curioso es que esta acepción precisa no parece que haya llegado a desarrollarse en español, donde *monigote* suele aplicarse, no a los niños de pecho, sino a los jóvenes y jovencuelos, que por su edad debían tener alguna personalidad y consistencia de carácter que no tienen. Lo que indica que el préstamo en valenciano siguió una evolución regional peculiar, extraña al español, y que por lo tanto no prueba nada respecto a los usos de la palabra en éste.

(4) Forma esta sin duda etimológicamente con la misma raíz que *monaguillo*. Lo extraño es que Corominas la dé como equivalente, no sólo de «mozuelo», sino también de «monaguillo». Puesto que *monaguillo*, aún incluyendo la idea de «mozuelo» tiene un sentido restringido y específico distinto de éste (no todo «mozuelo» es *monaguillo*). Y desde luego se ve por el contexto que en *Alexandre monagones* no puede significar más que «mocitos o jóvenes», «*moçuelos*» (que es la lectura del P). Aparte de que en Babilonia y en los tiempos de Alejandro no iba nadie a pensar que hubiese «*monaguillos*». El problema de esta palabra (lo mismo que el de «*monaguillo*») radica en cómo sobre el sentido de *monachus* «solitario», luego «monje» (asociado a otros en vida de comunidad), pudo surgir el de *monagones* «jóvenes» o el de *monaguillo* «mocito auxiliar de los sacerdotes en los servicios religiosos». Un problema por cierto sobre el que los Diccionarios no dan la menor indicación, pero no por eso menos real. Ya que naturalmente a primera vista no se ve qué relación puede haber entre las ideas de «solitario» o «monje» y las de «joven» o de «joven auxiliar del culto». Entre las que ciertamente hay una relación muy próxima es entre la idea de «solitario» (que vive alejado de los demás hombres) y la de «célibe» (que vive solo sin compañía de

puede decir sobre el paso * *monagato* > *monigote* es que tal vez se explique por influjo de una variante * *moniguillo*. Una variante supuesta, dado que en español no dejó la menor huella; y según él salida a su vez de otra variante inatestiguada * *moneguillo*, que según él podría derivar del *monicus* atesti-

mujer). Pues en sentido estricto *célibe* «que vive sin compañía de mujer» no es más que una modalidad de *monachus* «solitario». Y de hecho en griego *monazontes* (del verbo *monadzo*), propiamente «los que viven solos», adquirió en los primeros siglos del cristianismo el sentido de «célibes»; *Peregr. Aetheriae*, 24, 1: *monazontes et parthenac, ut hic dicunt*; y Cass. *Collat.* 18, 5, 4: *monazontes... ab eo quod a coniugiis abstinent... monachi siue monazontes appellati sunt*. Y el mismo *monachus* ya dice Blaise, *Dict. lat.-franc. des aut. chrét.*, p. 195 que en Oriente evocaba la idea del celibato. Y de ahí el esp. *soltero* (< *solitarius*) = «célibe». Por lo demás no cabe duda que el estado normal del celibato es precisamente la juventud. Recuértese que en español *mozo*, por esencia = «joven», se aplica con frecuencia al hombre mayor de edad pero «soltero». Es decir, que hay una como adecuación o coincidencia entre la idea de «solitario» en cuanto «célibe» y la de «joven». Entiendo pues que debió ser ese el camino como de *monachus* se llegó a *monagón* (diminutivo en *-on*, sin duda de origen francés o provenzal).

Y esta conclusión nos aclara a su vez cómo debió llegarse al *monachellus* *monacillo* «ojvencito o mocito auxiliar del sacerdote en el culto» (concurrenciado luego por *monaguillo*, formación sobre *monago*). Es muy significativo a este respecto que ya en Roma fue corriente que los *flamines* tuviesen como auxiliares del culto (es decir, en funciones idénticas a las de nuestros monaguillos) a *jovencitos* de las familias nobles, los llamados *Camilli*. Jovencitos que en Roma se exigía precisamente que no hubiesen llegado a la pubertad (Cfr. G. Wissowa, *Ref. und Kult. del Roemer*, p. 46; y K. Latte, *Roem. Rel.*, p. 407; y *Serv. Aen.* 11, 543: *pueros et puellas nobiles et inuestes Camillos et Camillas appellabant flaminicarum et flaminum ministros*). Una condición que en general ha solido darse en los *monaguillos*, al menos en España. Ahora bien es sabido que muchas prácticas y detalles del culto católico tienen su origen en usos de la religión antigua. Luego debemos pensar que la institución de los «*monaguillos*» no es más que una supervivencia de la de *Camilli* romanos; y que el nombre (en su forma más antigua *monachellus*) debe aludir a esa circunstancia de la edad indispensable en los *monaguillos* y en los *Camilli*. Es decir, que en el sentido originario y propio con el que debió surgir *monaciello* / *monacillo* (la forma corriente de la palabra en la Edad Media y en los autores clásicos hasta Quevedo) debió ser lo mismo que el de *monagones*, el de «jovencito» o «mccito».

Y de ahí la curiosa acepción del napol. *monaciello*, calabr.-sicil. *monaceddu* «duende, espíritu juguetón». Acepción de la que no sé que se haya dado razón, y que creo se explica sencillamente por las «travesuras» y «trastadas», como de duendes o diablillos, propias de los niños; por la tendencia incoercible en los ánimos infantiles a jugar con las cosas que caen en sus manos, aunque sean las más sagradas. Que es lo que ha dado pie en español a la expresión «monaguillo pillo», como denominación humorística de los monaguillos, bastante difundida en la lengua del pueblo. Lo cual no quita que en algunas regiones (fuera de España) la forma correspondiente a *monaguillo* haya pasado a designar a personas mayores, relacionadas con los servicios del culto, por ej. los «sacristanes».

Y lo mismo que de *monacillo* hay que decir de *monacino* (< * *monacinus*, con el *-inus* diminutivo), atestiguado en los documentos leoneses del s. XIII, y que ha sobrevivido en el astur. *molacino* (con disimilación de la primera de sus nasales); y del *molaciello*, atestiguado una vez en *Elena* y *María*, que propiamente no procede de una disimilación, sino que es el resultado de un cruce de *monacillo* con *molacino*.

guado en una inscripción del bajo latín (algo así como el *monesterio* del español vulgar antiguo y el cat. *monestir* habrían derivado según él del lat. vulgar *monisterium*). Ahora bien, con independencia del problema de *monesterio* (en el que aquí por razones de brevedad no podemos entrar), el hecho es que de *monicus*, por lo que se deduce del *Thesaurus*, no ha quedado más que un solo testimonio (*CIL* XIII 2431 = *Inscript. christ.* Diehl 1654). Y por otra parte no parece que esa forma dejase descendencia en ninguna lengua romance. Ya que el prov. *monge* (de donde esp. *monje*), a pesar de lo que afirma Corominas (y con él algunos autores), se explica perfectamente a partir de *monachus*, como vio ya Meyer-Luebke, *REW*, n.º 5654, y reafirmó Wartburg, *FEW*, s. u. *monachus*. No sólo esto, sino que un paso como el de *monachus* a *monicus* (e incluso a *monucus*, forma algo más atestiguada) fonéticamente es inexplicable en el latín tardío. Luego lo natural es pensar que tanto *monicus* como *monucus* deben ser, o simples erratas gráficas, o el resultado ocasional de algún influjo analógico. Y en todo caso lo que carece de sentido es pensar que una forma con estas características autorice a suponer un **moneguillo* inatestiguado. Como carece de sentido con doble razón el pensar que ese inatestiguado **moneguillo* hubiese dado origen al también inatestiguado **moniguillo*.

Y objeciones análogas pudieran hacerse a la otra hipótesis, que Corominas propone al lado de la anterior, como posible explicación del paso **monagote* > *monigote*: «o más bien por influjo de *monicongo*, que hoy se emplea en Málaga como sinónimo de *monigote*, y en toda Colombia con los sentidos de «mocosos, mozuelo afeminado e insustancial» y «grabado, estampa». Pero ya he indicado más arriba que esa noticia sobre el sentido de *monicongo* en Málaga (Gisbert, *Rev. Hispan.* 49, 510) merece muy poco crédito. Las que sin duda muestran un acercamiento de *monicongo* a la esfera semántica de *monigote* son sus acepciones usuales en Colombia, a que alude Corominas, y que están garantizadas por un grupo numeroso de lexicógrafos. Un acercamiento por lo demás natural, dadas las formas grotescas que suelen tener, tanto los «amuletos y dominguillos (= *monicongos*) como los *monigotes* = hombres

de trapo. Pero claro está que esos usos de *monicongo* peculiares del español actual de Colombia son desconocidos hoy día (y lo fueron siempre) en el español peninsular. Es pues inconcebible que la forma *monigote*, atestiguada ya en el s. XVI y sin duda nacida en el español peninsular, se debiese a un influjo de *monicongo* sobre **monagato* (forma por lo demás inatestiguada). Pues resulta que a todos los demás inconvenientes de ambas hipótesis se añade ese otro: el que de **monagate* no existe el menor indicio, ni en español, ni en ninguna de las otras lenguas romances. Por lo demás ya he indicado que el sentido que habría que suponer en un **monagato* < *monachus* es a todas luces inconciliable con los sentidos de *monigote*. Luego tenemos motivos sobrados para rechazar, como desprovista de todo fundamento, la etimología de *monigote* hoy generalmente aceptada.

Frente a esto no cabe duda que el grupo de acepciones más relevantes y frecuentes que tiene, y ha tenido siempre, *monigote*, y que como he dicho llevan implícito el matiz de «algo grotesco y ridículo», «algo fofo y sin vigor interno», semánticamente se armonizan de manera natural con el sentido de «hombre o muñeco de trapo», «pelele», que es una de las acepciones que siempre ha tenido *monigote*. No solo esto, sino que incluso acepciones algo más distantes, como las de «monaguillo» y «seminarista» se ve que tampoco es difícil reducirlas a un valor originario como ese. Pues sin duda en niños y jóvenes de tierna edad los hábitos talaros ampulosos y de color uniforme, y los aditamentos que suelen acompañarlos (esclavinas, bonetes, roquetes y fajines) producen la impresión de algo antinatural, o al menos de algo serio y solemne en contraste con la insignificancia de los personajes que los visten. No tiene pues nada de extraño que por un juego de la fantasía, en el que pudieron mezclarse diversos sentimientos (la ironía, el desprecio o simplemente el gusto por una expresión pintoresca), se designase a tales personajes con el remoquete de *monigotes*. Es decir, que semánticamente *monigote* quedaría explicado a toda satisfacción a partir de un sentido como el de «hombre o muñeco de trapo».

Lo curioso es que ese sentido de «envolvotorio de trapo» (con forma más o menos parecida a las personas humanas) lo tuvieron ya en el s. XV el grupo de palabras *moña*; *muñeca*, *muñeco* (gall.-port. *boneco*, -a). Lo tuvieron, y en parte lo siguen teniendo. Pues en el pueblo se sigue llamando *moña* a un lío de trapo de forma redondeada para usos caseros diversos. Aunque hoy día estos nombres se encuentran restringidos a objetos más o menos artísticos, que constituyen uno de los juguetes predilectos de las niñas. En todo caso se ve, como indica Corominas, que el sentido primitivo de estas palabras fue el de «muñeca informe, hecha de una envoltura de trapo» («*las muñecas que fazen las niñas*», Al. Palencia; y ya hacia el 1400 en el glos. del Escorial «*muñeca de trapo*»). Por otra parte parece claro, como indica también Corominas, s.v. *muñeca* y *moño*, que *muñeca* tanto en esa acepción como en la de «articulación de la mano» (atestiguada ya en los *Libros del saber de Astronomía* de Alfonso el Sabio), y en la aún más antigua de «hito», «mojón» (*illa Monneka*, en un documento de 1011 de Castilla la Vieja), no es más que un derivado de una raíz prerromana **muno* / **munno* «objeto abultado». La misma raíz que encontramos en *moño* «nudo de pelo» en las mujeres; y que en los dialectos pirenaicos dio origen a una larga serie de formas paralelas con el sentido de «colina, ribazo, elevación del terreno» (cfr. Corominas, *locs. cits.*). Una raíz que se alargó con el sufijo también prerromano -*ecco*- / -*ecca* de tanta raigambre en la Península Ibérica (cfr. M. Pidal, *Orígenes del Español*, p. 337).

Ahora bien, en el latín peninsular hubo otros dos sufijos: el -*icus* / -*ica* con *i* larga recibido en formas latinas: (*lectica*, *lorica*, *rubrica*, *uestica*, *umbilicus*, etc.), y el -*iccus* / -*icca*, al parecer prerromano como el -*eccus*, y que había de alcanzar gran difusión en español como sufijo diminutivo: *casica*, *cuartico*, *borrico*, *librico*, *mesica*, *montico*, *pequeñico*, etc. No tiene pues nada de particular en principio que, paralelo al *munneca*, se formase un **mun-icco* / **munn-icco*, o tal vez un **mun-ico* / *munn-ico*. Aunque esta segunda hipótesis tropieza con el inconveniente de que el -*ico*- con *i* larga apenas tuvo capacidad de expansión frente a la vitalidad del -*icco*.

Todo pues parece indicar que fue el *-icco* el sufijo sobre el que se construyó *monigote*. El que en él la sorda interior no se conservase como en los diminutivos pudo perfectamente deberse a que, al recibir el alargamiento-*ote*, se perdió la conciencia de su vinculación a los diminutivos, y con esto escapó al influjo analógico que mantuvo en estos la *c* intervocálica < *cc* (un fenómeno idéntico al que ocurrió en *chiguito* frente a *chico*). Más difícil de determinar es si en su forma primitiva la palabra habría tenido la variante **munno* o la **munno* de la raíz. Pero en cualquiera de los casos el resultado fonético se explica sin la menor dificultad. Pues en una amplia zona de la Península con la que el castellano antiguo estuvo en contacto íntimo (el gall. y el astur-leonés) fue normal el cambio *-nn-* > *-n-*. No tiene pues nada de extraño que *monigote* fuese el resultado de un **munnic-ote* (alargamiento de **munnic-iccu* con el sufijo aumentativo-despectivo *-ote*), tratado con la fonética del gall. y del astur-leonés. Que es la solución que me parece más probable, a la vista del esp. *muñeco*, *-a* y del gall.-port. *boneco*, *-a*. Es decir, que en esta etimología se explican con sencillez y a toda satisfacción todos los aspectos que en el estudio de una palabra hay que tener en cuenta. Creo pues que debe ser esta la etimología de *monigote*, por lo menos mientras no se presente otra más convincente⁵.

A. PARIENTE

(5) Como apéndice a estas reflexiones quiero añadir que, lo mismo que a Corominas, me parece muy probable que *monicaco* «hombre de mala traza, hombre ridículo y despreciable» no sea más que un cruce de *monigote* con *macaco* «mono» y «hombre ridículo, feo, deforme (atestiguado desde 1555).

Y con *monigote* también creo hay que relacionar el *monifato* «chicuelo insustancial e inexperto, juguete, figurilla despreciable» (de Canarias y de algunas regiones de Hispano-América: Cuba, Venezuela, Puerto Rico). Forma que como indica Corominas debió proceder del port. *bonifrate*, gall. *monifate* «muñeco automática, muñeco con resortes, títere de ciego, bullebulle, chisgarabís (y en port. también «mujer casquivana y liviana»). Lo que me parece mucho más dudoso es que estas formas descansasen, como propone Corominas, en un *manu factus* (o *manu facti*) «hecho a mano», que por etimología popular hubiese recibido el sentido de *boneco*, y que por influjo de *frade* «fraile» se hubiese convertido en *monifrate*. *bonifrate*. Pues no se ve la razón de que *manu factus* se hubiese asimilado en el sentido y en su vocal inicial a *boneco*, ni de que luego hubiese sufrido el influjo de *frade*. Aparte de que el gall. *monifadito* «hombre afeminado, marica» atestigua en este en época antigua la existencia de *monifrate* (de donde por cruce de *her-*

mafródita el *mafradito*), y revela con esto la prioridad de la forma con *-fr-*. Lo cual por supuesto no constituye ninguna prueba de que *bonifrate* derivase de *bonus frater*, como suelen suponer los autores portugueses. Frente a esto se ve que lo que añaden *bonifrate* y *monifate* al sentido fundamental de *monigote* (es decir, el de «hombre de trapo») y a los derivados de éste (como los de «hombre ridículo, hombre fofo, sin voluntad ni carácter») es la idea de «objeto articulado, objeto compuesto de miembros o partes móviles, objeto que se mueve o puede moverse automáticamente» (de donde «titere, chisgarabis»), en contraste claro con la inflexibilidad inerte de los «hombres de trapo». Y a mí al menos esa idea o nota diferencial de «juguete articulado» me parece que se armoniza sin dificultad con el sentido de *fractus* «roto, frágil», y «compuesto de piezas móviles; cfr. el «hombre clásico» de los gabinetes de Anatomía. Y fonéticamente tampoco creo que ofrezca dificultad el que un **monifracto* tardío y semiculto se convirtiese en **monifrauto* o **monifrato*; y luego bajo el influjo de *monigote* en *monifrate*, *bonifrate*. El punto más oscuro de esa etimología es la pérdida de la *-r-* interior en *monifate*. Pero ésta tal vez pudiera deberse a un acercamiento a palabras como *monicaco* y *monigote*, semánticamente afines y etimológicamente emparentadas. Es decir, que por mi parte me inclino a creer que el grupo debió surgir sobre un *monifrate*, cruce de *monigote* con *fractus*.

En fin, de *monigote* creo que debió salir también *mono* «traje de una pieza» (propio de mecánicos y de trabajadores expuestos a mancharse), en el que el hombre queda enfundado, como un «fardo» o un «hombre de paja». Pues esta clase de acortamientos son corrientes en la lengua conversacional en palabra de uso frecuente: el *cole*, el *Insti*, el *profe*, el *dire*, el *Preu*, la *bici*, la *tele*, la *propi*, la *mili*, la *poli*, y a veces han terminado sustituyendo parcial o totalmente a la forma plena: la *foto*, el *cine*, el *auto*, el *metro*, etc. Aparte de que en nuestro caso el fenómeno debió verse favorecido, porque el carácter peyorativo-despectivo del final *-ote* no se adaptaba a la idea que se quiso expresar con la palabra. Y desde luego semánticamente se ve que el paso de *monigote/mono* a «traje de una pieza» es idéntico al de *pelele* «hombre o muñeco de paja» a «traje de una pieza de punto, que se suele poner a los niños para dormir».